

HESPÉRIDES

Akira Chinén
Galería Moll

Las tres ninfas aludidas en el título de la exposición, somnolientas y descalzas habitantes del célebre jardín mitológico, han brindado a Akira Chinén el pretexto perfecto para desplegar nuevamente su preciso y pulquísimo dominio del grafito en superficies y escalas habitualmente destinadas a la policromía pictórica. Por eso, antes de referirnos a los conceptos evidentes o velados en cada uno de estos cuadros inéditos, debemos tratar brevemente sobre el instrumento —cuasi un estilete— con el cual nuestro artista se enfrenta y resuelve sus obsesiones plásticas.



El que habita, Akira Chinén.

El grafito

Sabemos del grafito menos de lo que deberíamos, a pesar de que nos vimos obligados a portarlo encerrado en el corazón de un lápiz durante aquellos once tediosos años de vida escolar, o también cuando elegimos emprender algún estudio superior que requirió tomar apuntes borrables. Después de esa larga convivencia, el fraternal grafito desapareció de nuestras vidas y lo reencontramos, ya distante, en las exposiciones que incluían los bosques de los estudiantes de Arte y, más adelante, tal vez, en el delineado y sombreado

de un retrato verosímil o imaginario. Pero lo cierto es que después de que el artista joven egresa, se gradúa o se titula, suele abandonarlo o, a lo sumo, emplearlo en la intimidad del taller. Y al tratarse de un instrumento de difícil dominio, será también infrecuente encontrarlo aplicado técnicamente en las exhibiciones donde prolifera la pintura pura. Por eso llamó nuestra atención el modo en que Akira Chinén lo esgrime desde que egresó de la Escuela Nacional de Bellas Artes: sobre lienzos medianos y grandes, dejando en claro que sería, simultáneamente, su herramienta y materia primordial.

En efecto, con el grafito y su acerada grisura nuestro artista ha delimitado un pequeño mundo de austeridad monocromática en el que prima el orden simétrico y donde parece regir una premisa invariable: los personajes, criaturas y objetos seleccionados por su valencia simbólica serán representados solitariamente en cada lienzo, acentuando la sensación de que están encapsulados y ajenos al efecto corrosivo del tiempo.

Las Hespérides

Como ya lo insinuamos, antes que nada está la fruición del artista por delinear y sombrear figuras rigurosamente concebidas sobre el papel y el lienzo con la paciencia de un monje, lo que queda corroborado por la serie de acuciosos bocetos que también exhibe, fieles reproducciones a escala portátil de los cuadros definitivos. Y el *Jardín de las Hespérides* — como sucedió con los lotófagos de *Teoría del olvido*, su individual de 2018—, que conjuga la perfección de las beldades imaginarias y un divinizado escenario natural, merecía una reinterpretación que nos habría sorprendido si no tuviéramos en cuenta el hieratismo que ha caracterizado a sus estilizados personajes de antaño, prefigurando la apariencia estatuaria adquirida por las otrora lozanas y sensuales Egle, Hesperia y Eritía, las tres Hespérides. Mutiladas por la incuria y el tiempo, estas ninfas de mármol conjugan la vetustez de las antigüedades y su aséptica presentación museológica.

El autor ya lo ha expresado: subyace en todo el conjunto un alegato ecológico. Sin embargo, y por suerte, su trabajo no ofrece una lectura simplista, y más bien oculta y revela pistas, apelando a lo que conocemos de esa cultura occidental que ha determinado nuestra propia concepción del mundo y que, tal como lo presenta el artista, ha colapsado arrastrando en su caída el equilibrio de la naturaleza.

Eso es lo que suscita la siniestra procesión de nubes de *Ecós grises*: así debieron verse las fumarolas volcánicas que impidieron el paso de la luz solar y precedieron la glaciación contra la que nada puede hacer ese sol mortecino que, como un pálido pezón, completa y contrapesa aquel díptico. Algo similar sucede con *Mar Negro*, tan parecido al mar de Lima en invierno. Aunque podemos apreciarlo también como un océano de magma gris que avanza perezosamente y está a punto de petrificarse, configurando por fin una marina perfecta. (Dentro de este sistema los cuadros mellizos *Vendedores de humo* y *Compradores de agua* plantean una críptica confrontación entre dos culturas antagónicas).

Un tríptico

Nos parece que el tono esperanzador lo aporta el ciervo que preside el panel central del tríptico titulado *El que habita*, el cual conmueve también porque nos recuerda esos bellos formatos de la pintura cristiana medieval. El mencionado ciervo exhala algo parecido a un espeso vaho ondulante que podemos interpretar como el último hálito vital en ese bosque de árboles pelados. ¿Es probable que la salvación del mundo dependa de las criaturas carentes de inteligencia? ¿Que ellas puedan restaurar el orden perdido? Tal vez. Lo cierto es que nosotros, dotados de tantas luces, hemos fracasado en ese empeño.